

BRAD FRAZIER, *Søren Kierkegaard sobre los problemas de la ironía pura*, trad. de L. Sánchez, ennegativo ediciones, Medellín, 2018, 71 pp.; trad. del capítulo 4, ‘Kierkegaard on the Problems of Pure Irony’, del libro *Rorty and Kierkegaard on Irony and Moral Commitment*. ISBN: 978-1-349-53660-3.

‘Søren Kierkegaard sobre los problemas de la ironía pura’ hace referencia al título de uno de los capítulos del libro *Rorty and Kierkegaard on Irony and Moral Commitment* (Palgrave Macmillan, New York, 2006; *Rorty y Kierkegaard sobre la ironía y el compromiso moral*) en el que el autor ve en Kierkegaard la alternativa a la interpretación de Rorty sobre la ironía liberal de la que no se habla aquí. Naturalmente, la fuente de Frazier es *Sobre el concepto de ironía* de Kierkegaard. En su tesis doctoral, a mi modo de ver el auténtico germen de toda la obra ulterior del filósofo danés, Kierkegaard relacionaba la ironía con la vida ética o, en la acuñación de Hegel, la *Sittlichkeit* o eticidad que le sirve de mediación a Kierkegaard. A diferencia de la ironía pura de *Sobre el concepto de ironía* entendida como “negatividad absoluta e infinita”, en el Post Scriptum de *O lo uno o lo otro* Kierkegaard hablaría de manera positiva de la ironía socrática, tal vez debido a que el autor era Johannes Climacus y no Kierkegaard, como una parte desconocida de la “pasión ética” (dos términos prácticamente irreconciliables entre sí en la medida que si hay algo en lo que el individuo no pone pasión son las costumbres). Por contraposición al punto de vista ético, Kierkegaard mostraría la ironía en *O lo uno o lo otro*, bajo el aspecto del pseudónimo, como dimensión existencial que en realidad, como veremos, abarca todas las esferas de la vida.

Lo primero que llama la atención del planteamiento de Frazier es la premisa de que Kierkegaard insiste en reivindicar la importancia de la historia de los conceptos, especialmente la “nostalgia” de los conceptos por su lugar de origen, para poder hablar de manera adecuada de la ironía. Al establecer un discurso histórico sobre la ironía, Kierkegaard estaría afirmando desde el principio el problema que implica hablar de la ironía, y es que la ironía contribuye a desarticular la existencia del individuo en tanto que le lleva a reconocerse a sí mismo en la falta de razón de ser de su propia existencia, o la extrañeza, de tal modo que ve a sí mismo como “irreal” como parte de, y por comparación con, la “realidad histórica”. La ironía no solo establece, sino que revela una conexión entre la existencia y la existencia dentro de la historia en la que se desenvuelve. La ironía pura, tal vez el verdadero núcleo de la crítica, lleva sin remedio al nihilismo al rechazar “toda una realidad dada”, con

ecos de la *Sittlichkeit* hegeliana consistente en el orden social que incluye la familia, la sociedad civil y el estado político moderno. *Sittlichkeit* es tanto una “disposición subjetiva” a la vida social, una predisposición, parafraseando a Charles Taylor, a la “vida común” o en comunidad (“la moral alcanza su finalización en una comunidad”, p. 15), como, según Wood (*Hegel's Ethical Thought*, p. 196), “una actitud de identificación armoniosa con sus instituciones”. El problema es que esa actitud es una condición necesaria y no suficiente debido a que no hay una garantía para la armonía prometida de tal modo que la relación con las instituciones debe ser un ideal y el criterio, o la actitud, para alcanzarlo resulta siempre insuficiente. De ahí que la ironía pura sea una negación de la eticidad, una crítica autodestructiva de la sociedad hasta el punto de una separación irreconciliable, en mi opinión, no por una supuesta insociabilidad o una verdadera “desconexión radical” con la sociedad, sino porque el pathos crítico de la distancia exige como condición para ser libre la negación de la libertad así considerada hasta el momento. La ausencia absoluta de obligaciones y compromisos que, sin embargo, forman y conservan por así decirlo la sociedad conduciría de inmediato al solipsismo de tal modo que, si la ironía pura llegara a rechazar por completo el vínculo entre el sujeto y el mundo, la ironía de la ironía sería que el mundo no reconoce al sujeto que lo habita rechazando así la ironía entendida como desvinculación absoluta e infinita. En cualquier caso, la ironía pura para Kierkegaard produce esa “libertad negativa”, la liberación de la subjetividad a través del rechazo del mundo (la “irrealidad” del fenómeno) así como del reconocimiento de la finitud de la existencia, ya que “la existencia no tiene realidad alguna” (*Sobre el concepto de ironía*, Trotta, p. 284).

La clave de lectura de la ironía kierkegaardiana es para Frazier la aceptación de los roles que posibilitan el desarrollo de la identidad, si bien hay que tener en cuenta en mi opinión, aparentemente siempre bajo la indefinición del pseudónimo, que lo que la ironía pura pone realmente de manifiesto es que cualquier identidad reconocida supone un riesgo para la libertad del individuo, y que la única manera posible de sobreponerse a la pluralidad de identidades, no la identidad o los roles en la que supuestamente se apoyan, que soportamos tanto en nosotros como en los demás consiste en reconocer por encima de toda identidad la libertad subjetiva que hace posible que cada acción pueda ser un nuevo comienzo. El placer de los comienzos, por así decirlo, confirma, sin embargo, el aspecto estético de la ironía pura en el que la forma estética predomina como aceptación y comprensión de la libertad pura negativa del individuo, carente de contenido ético a causa de la ausencia de la realidad. Al quedar suspendido o aislado, el sujeto queda pendiente en realidad de una “infinitud de posibilidades”, esto es, la libertad negativa. La solución tiene que ver con el hecho de que “adoptar un ideal positivo más alto después de ver a través de los ideales de la comunidad es —según Frazier— abandonar la postura de la ironía pura” (p. 21). La ironía pura es en el fondo la representación de la contingencia de la realidad, lo en sí o el

mundo. El verdadero problema es que, tanto en sentido estético como en sentido ético, la ironía pura llega a constituir un modo de vida o, como dice Frazier, no se toma en serio el compromiso ni, por tanto, se compromete con una descripción de sí misma (pp. 26-27). Si no hay nada establecido, entonces no hay naturaleza ni conciencia de los propios límites, lo que implica que el mismo ironista puro no puede tomarse en serio la ironía y, por tanto, la ironía no existe en realidad. Más bien el ironista puro trata de “vivir de manera poética” (Trotta, p. 302). Kierkegaard enfatiza que la ausencia de una mirada seria sobre las cosas conlleva el aburrimiento y el fin de la individualidad. Lo que depende para Frazier del concepto kierkegaardiano de la realidad entendida como un don y al mismo tiempo como una tarea: la realidad es un don no como trasunto personal y subjetivo, sino en el sentido de que hacer uso de ella implica responsabilidad moral; mientras que la realidad es una tarea que consiste para Frazier, como decía, en desarrollar la identidad desempeñando los roles que tenemos. Pero en la medida en que la ironía pura no reconoce el pasado porque vive permanentemente en el comienzo, no está en condiciones de atender a la realidad ni siquiera como una tarea, sino que el alma de la ironía pura, por así decirlo, sería la libertad poética que consiste en la libre voluntad unida al destino del “hombre común”, conformista irreflexivo que comprende su orden social de manera acrítica sin desarrollar suficientemente su individualidad (p. 41) mientras el ironista pura, fundado en el deseo y la busca de novedad, en cierto modo no diferente del hombre común, es hipercrítico y dueño de una individualidad excesiva que, irónicamente, no lo hace menos conformista. Con esa perspectiva, la afirmación de que el carácter determina el destino es banalizar la empresa de la ironía. Benjamin ya había dicho que el carácter es la marca indeleble de la ambigua condición humana de tal modo que el destino del ser humano no puede ser la condición humana, sino el conocimiento o reconocimiento de la humanidad. Vivir de manera poética no es crearse a sí mismo fuera de la comunidad siempre que uno es “positivamente libre” en relación con “la realidad a la que pertenece” (Trotta, p. 339), como querría el ironista puro, sino llegar a ser quien incluso desde el punto de vista cristiano, entre otros, de Kierkegaard. La ironía llena de “infinitud interior”, no la ironía pura, que defiende Kierkegaard se vuelve de ese modo una catarsis respecto a la finitud de la existencia humana, una cura de humildad que hace posible en cualquier momento “el comienzo absoluto de la vida personal” más significativo para la comunidad.

Antonio Fernández Díez